

Tres películas para un Óscar

José Luis Barrera Calaborro

Magical girl (España, 2014) de Carlos Vermut, *Loreak-Flores* (España, 2014) de Jon Garaño y José Mari Gomea y *Felices 140* (España, 2015) de Gracia Querejeta son las tres películas preseleccionadas por la Academia del Cine Español para aspirar al Óscar a la mejor película extranjera. Tres cintas que pasaron fugazmente por las pantallas de nuestra ciudad (las dos primeras, en la primavera del año pasado y la última, estrenada en el pasado mayo). Su pase, hay que decirlo, como todo cine español “no oficial”, fue con poca gloria, lo que hizo que muchos espectadores no las hayan visto. Y, sin embargo, también hay que decir que estas películas se merecen un abierto reconocimiento por parte de los buenos espectadores de ese arte denostado por el vulgo que es el buen cine, que es el que comunica, el que tiene algo que decir sobre el hombre y sus profundas experiencias humanas.

AMOR Y ODIO AL CINE ESPAÑOL

Esto pasa en nuestro denostado y querido cine español. Esta relación amor-odio que hacia este tiene el espectador medio provoca la exaltación de ciertos largometrajes de explícita mediocridad y que estos se trasformen en evidentes éxitos dado el taquillazo que producen. Sin embargo, otras películas, más artesanas, menos subvencionadas, más humildes pero de reconocible calidad artística, no logran levantar cabeza en el interesado “ranking” del cine comercial. Al final, los valientes y esforzados creadores de estas obras cinematográficas se rinden, se venden al mejor postor o productor o se diluyen en otros medios visuales como es la publicidad o la televisión.

Ahora mismo, noticias positivas nos llegan desde las crónicas de prensa del Festival Internacional de San Sebastián, donde parece que se han presentado varios filmes de nuestra nacionalidad que son



sumamente interesantes. La cuestión es que lleguen a exhibirse en los cines y que los programadores de estos no pospongan sus estrenos para las peores épocas del año o se muestren casi de tapadillo, con escasa duración temporal en las carteleras.

Porque sí, hay un cine español que anda siempre muy bien protegido, subvencionado y promocionado que se estrena más o menos puntualmente y que a veces con buena factura no busca otra cosa que el mero entretenimiento y los beneficios pingües. Cine de cineastas que fueron promesa y cuyas últimas obras parecen fagocitadas por el cine americano. Salvo Eloy de la Iglesia, que sigue fiel a sus astracanadas, y ¿qué me dicen de Amenábar o de León de Aranoa, que parecen mimetizar el estilo y los modos del cine americano? ¿O del manierismo de Almodóvar, que se repite desde hace ya muchos años? Las demás películas que se estrenan son comedias tontas, costumbristas o generacionales —más hechas para la televisión que para la gran pantalla— que te pueden hacer reír pero que se olvidan antes de que ponga “fin” en la pantalla.

Lo más grave para mí es que esa disfunción de desapego y estima que el gran público tiene hacia el cine español y que se manifiesta muchas veces y de un modo sangrante en la relación chirriante y casi compulsiva entre intelectuales y artistas (aquí entra la gente del cine: actores, guionistas, directores...) y los políticos de turno (especialmente si son del PP). Cada año la ceremonia de gala de la entrega de los Goya es un verdadero circo,

donde los leones campan por sus respetos y los ministros del ramo las pasan canutas. En esta misma semana, el prestigioso director Fernando Trueba, de reconocido prestigio por algunas de sus obras y algún Oscar conseguido (a mí su cine nunca me ha convencido) ha armado la marimorena con un discurso totalmente insultante y desafortunado ante el ministro de Cultura, en la entrega de un premio de cinematografía. Lo que ha dicho, que ahora no viene al caso, ha provocado sarpullidos y ha dejado pasmado a todo el personal. Tal desapego y feroz enfrentamiento es síntoma de ese terrible mal que padece el cine español, pendiente de ideologías, políticas y estrategias de subvenciones que desgastan y frenan muchas energías. Tal vez si el Gobierno mudara su política cultural... Los ingresos de taquilla en el cine español han descendido de manera alarmante en este último año. Habían crecido espectacularmente debido al éxito de la graciosa pero más que mediocre *Siete apellidos vascos*.

HAY UN BUEN CINE ESPAÑOL... SI LO
BUSCAS

Ante este panorama, el público puede pensar que los males del cine español no tienen remedio, que todo el cine que se hace en España no vale un pepino. Pero eso no es verdad. Calladamente, en silencio, casi de tapadillo, hay algunos realizadores que, fieles a sí mismos, o con la ilusión de los comienzos, nos entregan pelí-



culas muy dignas y artísticas, que quizá no busquen la fútil diversión, pero que sí nos hablan de sus sentimientos, de sus experiencias personales, de los problemas que hay en la sociedad española, de los valores (o sus carencias) que desearían instaurar. Poder ver ese tipo de películas es a veces muy difícil. Hay que estar al corriente del cambiante mundo del cine o tener oportunidades en las ciudades donde hay muchas salas abiertas.

Creo que la elección que ha realizado la Academia de Cine ha sido una buena elección y se separa del empeño mercantilista cinematográfico; salvo *Felices 140*, que es más “digerible”, las otras dos son filmes algo herméticos y crípticos, que se llegan a entender y comprender solo después de haberlos seguido con paciencia y tranquilidad. Pero sigo diciendo lo mismo: son tres películas muy hermosas y subyugantes donde hay momentos de gran cine. En ambas coincide una vasta mirada poco optimista sobre el mundo íntimo y personal de sus protagonistas y una ácida crítica hacia la sociedad que nos rodea. La falta de sentimientos profundos, los vicios sociales, la soledad y el aislamiento aparecen constantemente en los planos de estas películas.

TRES BUENAS MUESTRAS DE BUEN CINE

Loreak (de José Mari Goneaga y Jon Garaño) se rodó totalmente en euskera y se estrenó precisamente hace ahora un año en San Sebastián. Narra la historia de Ane,

cuya vida da un giro cuando semanalmente comienza a recibir de forma anónima un ramo de flores en su casa. Por su parte, las vidas de Lourdes y Tere también se ven afectadas por unas misteriosas flores. Un desconocido deposita cada semana un ramo en memoria de alguien que fue importante en sus vidas. Esta es la historia de tres mujeres, tres vidas alteradas por la mera presencia de unas flores. Flores que harán brotar en ellas sentimientos que parecían olvidados... Pero al fin y al cabo, no son más que flores.

La película está realizada con una gran sencillez y con un gran cuidado de los pequeños detalles que te hace entrar lentamente en un relato lleno de suspense, que recuerda en algunos momentos a la película *Vértigo* y que resalta además la fuerza de los lazos familiares. Tiene metáforas muy logradas como son el empeño de la vida, simbolizado en el cuidado de las flores o en el cadáver depositado en la morgue para prácticas de los estudiantes de medicina. Sus personajes parecen personas al límite de la soledad, como ocurre con los de las otras películas.

Al igual que *Loreak (Flores)*, *Magical girl*, de Carlos Vermut, es un filme de estructura poliédrica, donde distintos personajes aparecen y circulan por él, al principio sin explícita relación con los demás para después formar —una vez sus caminos parecen dispares y divergentes, se encuentran y juntan— un frente común hacia una realidad que les hostiga y atenaza.

Magical girl es una película muy seria, enervante y trágica. Otra vez la sombra de



la soledad señorea en esa lucha que todo ser humano tiene que lidiar en su interior y que puede conducir a la locura, a la esquizofrenia: seguir el dictado de la razón, de la propia conciencia o dejarse arrastrar por la desatada corriente del instinto. Y, en medio, la situación de unos seres humanos atrapados por su pasado y que convierte sus vidas en verdaderas prisiones. También en ellos hay un movimiento de generosidad, sacrificio y apertura que se ve abocado al fracaso. *Magical girl* es, pues, un filme de atmósfera claustrofóbica pero que tiene el acierto de poseer una gran densidad de sugerencias. Tiene una gran elegancia en los encuadres, que están compuestos con un gusto exquisito y en cierto modo llenos de “silencio”, lo que recuerda al estilo del japonés Yasuhiro Ozu.

En la película se nos presenta a Luis (Luis Bermejo), profesor de literatura en paro, que trata de hacer realidad el último deseo de su hija Alicia (Lucía Pollán), una niña de 12 años enferma de cáncer terminal: tener el vestido oficial de la serie japonesa de dibujos animados *Mágical Girl Yukiko*. El elevado precio del vestido llevará a Luis a intentar encontrar el dinero de forma desesperada cuando conoce a Bárbara (Bárbara Lennie), una atractiva joven casada que sufre trastornos mentales, a su vez relacionada con Damián (José Sacristán), un profesor retirado con un tormentoso pasado. Los tres quedarán atrapados en una oscura red de chantajes, en la que instinto y razón entran en conflicto.

Magical girl cuenta con un reparto de actores que cumplen muy bien con su cometido, donde habría que resaltar la labor interpretativa de su protagonista Bárbara Lennie, así como el gran papel que realiza José Sacristán. Es un filme lleno de tensiones y que necesita la paciencia del espectador.

De estas tres candidatas para el Óscar, tal vez sea la última estrenada, *Felices 140*, de Gracia Querejeta, la más sencilla y la más fácil de contemplar por ser de una estructura narrativa más clásica (la cifra 140 del título hace mención al cuarenta aniversario y al montante de un premio de lotería). Su aire de comedia coadyuva. Su desarrollo argumental es muy lineal y el género (o mejor dicho, subgénero) muy recurrido: se trata de un grupo de antiguos amigos que se encuentran y reúnen para celebrar una fiesta de cumpleaños a la que entran riendo y cantando y en la que acaban como el rosario de la Aurora.

No vamos a contar aquí el argumento, ni siquiera su sinopsis, porque el filme tiene su fuerza, gracia y sorpresa precisamente en varios sesgos inesperados que da el argumento de la película y que la llenan de interés y fuerza para plantear situaciones de relación pasional la mar de interesantes. Porque aunque el filme no esté del todo muy inspirado, hay que reconocer que Gracia Querejeta sabe muy bien poner el dedo sobre las llagas y heridas que padece nuestra sociedad española. La valoración del dinero, la avaricia, la insolidaridad, el culto al lujo, el hedonismo,



la mentira y la hipocresía, la mediocridad e inestabilidad de las relaciones amorosas, etc., aparecen en este filme sostenido además por unas buenas interpretaciones. Al

estilo de Woody Allen, los actores parecen interrumpir sus actuaciones para comentar con el espectador su estado de ánimo, sus opiniones.



